

1878 1878

EL PROGRESO POR EL EVANGELIO

DISCURSO

LEIDO EL 31 DE MAYO EN LA
JUNTA GENERAL

DE LA

Sociedad Católica

POR EL SOCIO

JOSÉ MANUEL GUTIERREZ



SUCRE

TIPOGRAFIA DEL CRUZADO

JULIO 4 DE 1878.

GUTIERREZ
U.M.S.A.

NOV 1966
PROPIEDAD
DE LA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

LA PAZ
BIBLIOTECA CENTRAL

01714



Ilmo. Señor.

Señores.

Diez y nueve siglos pasan sobre la humanidad desde el advenimiento de la verdad eterna al mundo; diez y nueve siglos de lucha incesante, de combate abierto; todos los elementos humanos han tomado parte en esa pugna sangrienta. Mientras tanto, la Cruz está ahí, sostenida por Aquel que hizo de ella el lábaro de la redención; ella desafía á todos los tiempos, protege á los que le dan el tributo de su amor, y salva del naufragio á las instituciones amenazadas por la ola vertiginosa de los siglos.

Si, Señores, el Cristo vive real y verdaderamente en su Iglesia y se patentiza en el curso histórico de los sucesos, sus palabras no pasan; ellas son como el "hágase la luz;" tienen vida, porque la vida misma las pronunció. Es por eso que el catolicismo sobrenada en este océano embravecido de pasiones que todo lo desquicia; es por eso que la Cátedra de San Pedro no zozobra, no se desconcierta en su unidad religiosa. Es vano y torpe el empeño de los poderes humanos por destruir esa autoridad incontestablemente divina. So pretexto de cultura social, de progreso creciente, se quiere mover el dogma, alterar la moral.

El siglo conquista, el siglo sorprende á la naturaleza sus secretos y sus fuerzas; el genio arrebató la luz, el vapor, la electricidad, para hacer servir estos elementos á su voluntad y á las ne-

cesidades sociales. Todo esto es verdad; pero, no me negareis, Señores, que el siglo XIX tiene el delirio de esa fiebre secante del placer. Se buscan las riquezas como fin y se sacrifica la idea á la materia, el espíritu al cuerpo, la eternidad al tiempo: he ahí por donde flaquea el progreso del siglo XIX; es progreso desordenado, es progreso à media luz, progreso que desborda.

Nos encontramos en un momento delicadísimo de la historia. El mundo ha concentrado sus recursos para conmover el edificio de la Iglesia. Racionalismo, libre exámen, panteismo, ateismo—son palabras diversas que expresan el síntoma de una sola enfermedad: incredulidad: hé ahí la llaga moderna.

En nombre del progreso, se nos pide consentimiento para avivar el fuego devastador. Y cuando decimos algo de los males que acompañan á ese progreso disonante, se increpa nuestro juicio y se nos impone silencio, sin advertir quizá, que todo lo podemos sacrificar, pero jamás la verdad.

Así está planteado el problema social. Los falsos liberales á quienes Dupauloup ya ha calificado debidamente, quieren fascinar con paabras alhagadoras que valen mucho ó nada valen, segun la intencion buena ó mala del que las emplea.

Y en todas partes, en todos los continentes, se comprende ya muy bien el carácter de los sistemas que juegan en esta batalla diez y nueve veces secular. En todas partes se han formado milicias activas que sirvan à los altos designios de la Iglesia.

Solo á nosotros nos faltaba la accion colectiva, el esfuerzo comun; pero ha llegado felizmente la hora en que nos encontramos alistados; la Cruz nos cobija con su celeste amparo. Agrupados en torno del Prelado, que nos enseña la virtud con la pureza, que nos predica con el ejem-

plo la moral cristiana, nos hallamos constituidos en una sociedad católica.

Ahora bien; el acierto y la eficacia en la acción vendrán de Dios. No hai inspiración fecunda que no venga de él. Sabeis, Señores, lo que es la oración. El alma se dilata en su movimiento de ascension á lo infinito, y empapada en sus divinas esencias se siente fortalecida para vencer el pecado. "La oración es la respiración del alma en Dios," dice el sabio Gratry; y en verdad, que ella conduce á la presencia de Dios, nos arranca de este círculo de hierro en que giramos impotentes, dándonos alas para trasportarnos á otros espacios.

Los grandes hombres, entre los cuales debe colocarse á los grandes santos, han aprendido á ser héroes en la oración. Tenéis todavía fresca la huella luminosa de ese atleta de la fé, de ese hombre valeroso que ha resistido con una serenidad incomparable á todas las tempestades del mundo: á Pio IX. ¿Y cual fué su incontrastable escudo? La oración.

Pues bien; nosotros seremos fuertes, si sabemos desconfiar de nuestro valor aislado. La virtud se practica mediante dos esfuerzos: el uno que consiste en querer practicarla, y el otro en pedir al aliento divino que concorra con ese esfuerzo á los propósitos humanos.

Solo de ese modo se explican los hechos heroicos de los mártires y las victorias de los santos. Solo así se lleva adelante la Cruz y se toma el camino del Calvario, siguiendo el reguero de sangre del Redemptor Divino.

Hé ahí porque creo que siendo débiles somos fuertes: hé ahí la gracia concurriendo con la libertad al bien.

La "Sociedad Católica" debe invocar esos auxilios, demandando del cielo la persistencia que que-

branta todos los hierros del mundo.

El Consejo Directivo al que tengo la muy inmerecida honra de pertenecer, ha querido confiar á mi insuficiencia el primer trabajo que inicie sus ulteriores tareas. Ojalá él pudiera merecer siquiera la benévola acogida de mi ilustre auditorio, como una modesta prueba de amor á nuestra santa fe cristiana.

Os ruego, Señores, que veais tan solo en el fondo de mis pensamientos, el anhelo del cristiano por servir á su ley. Ni tiempo, ni versacion alguna me han ayudado en este ligero discurso; pero he pedido luz de allí donde está la luz eterna.

"No hay progreso fuera del Evangelio." En otros términos: *"No hay progreso fuera del Catolicismo:"* este es el tema que me propongo desarrollar. Bien sé que no será del gusto de las sectas apartadas de la Iglesia, ni de los libre-pensadores el enunciarlo de mis proposiciones; empero, ellas son absolutamente verdaderas.

Hay notable error cuando se cree ó se afirma que el Evangelio puede tener significado con el *libre examen*.

El libre exámen es una profanacion de las sagradas páginas del Evangelio. Es un contrasentido palmario y una aberracion de juicio, suponer que Jesu-Cristo hubiese venido al mundo á dejar escrito su divino Testamento y entregarlo á la libre interpretacion humana; mucho mas si se considera atentamente lo que es la Biblia. Por cierto que ella no constituye un libro comun: es un hermoso conjunto de bellezas; allí fulguran los destellos celestiales, brillan las imágenes mas vivas; pero todo al traves de apariciones, de figuras, de parábolas, de velos; el estilo está magníficamente combinado; la narracion sencilla al lado de la poesia mas variada y mas rica; la concision, la rapidez, unidas á la majestad del lenguaje; todo cons-

pira á hacer delicadísima la interpretación de esos libros que constituyen lo que llamamos jenericamente la Biblia.

Pues bien, ¿cómo concebir que Dios hubiese dejado su santa palabra, para que fuese juguete de los extravíos de la flaca razón humana?

La Biblia es un depósito fiel de las grandes enseñanzas divinas, es la voluntad escrita del Supremo legislador, y tiene que pasar ilesa sobre todas las corrientes perturbadoras de los tiempos y de las evoluciones sociales.

El eminente Balmes nos dá toda la ilustración precisa sobre la historia del protestantismo y sobre el desarrollo práctico del principio de *libre examen* en el orden religioso. Fanatismo ó indiferentismo: términos únicos, resultados inevitables del exámen privado. O se cree en las inspiraciones individuales en cuyo caso se toma resueltamente el camino de las extravagancias y se asume la actitud de Lutero, falso apóstol y falso cristiano, ó se concluye por no creer en nada. El espíritu necesita sustancia y fijeza; si no hay antecedentes firmes que den punto de partida á los movimientos de la inteligencia, el alma vaga por los espacios, sin rumbo y sin norte. Comienza por dudar y acaba por no creer; ó lo que tambien es lógico, comienza por examinar friamente y acaba por paganizar su fé, por establecer una escuela propia, en la cual figura como regla sin contrapeso el carácter y las pasiones del que inquiere el sentido de las cosas.

Digamos lo que al respecto dice un protestante: «El juicio privado de Muncer descubrió en la Escritura que los títulos de nobleza y las grandes propiedades son una usurpacion impía y contraria á la natural igualdad de los fieles, é incitó á sus secuaces á examinar si no era esta la verdad del hecho; examinaron los sectarios la cosa

alabaron á Dios, y procedieron en seguida por medio del hierro y del fuego á la extirpacion de los impíos y á apoderarse de sus propiedades. El juicio privado creyó tambien haber descubierto en la Biblia que las leyes establecidas eran una permanente restriccion de la libertad cristiana; y héos aquí que Juan de Leyde, tira los instrumentos de su oficio, se pone á la cabeza de un populacho fanático, sorprende la ciudad de Munster, se proclama á sí mismo rey de Sien, toma catorce mugeres á la vez, asegurando que la poligamia era una de las libertades cristianas y el privilegio de los santos. Pero, si la criminal locura de las pasiones extranjeras aflige á los amigos de la humanidad y de una piedad razonable, por cierto que no es á propósito para consolarlos la historia de Inglaterra durante un largo espacio del siglo XVII. En ese período de tiempo, levantáronse una innumerable muchedumbre de fanáticos, ora juntos, ora unos en pos de otros, embriagados de doctrinas extravagantes y de pasiones dañinas, desde el feroz delirio de Hax, hasta la metódica locura de Barclay, desde el formidable fanatismo de Cromwel, hasta la necia impiedad Praise—Cod—Barebones.

Tal es, Señores, la ley generadora de los hechos; la lógica no se detiene en la primera consecuencia; ella avanza sin grados lentos, sin consideracion á terribles extremos.

Los delirios de Lutero, dan pasto á la hilaridad; él tiene conferencias con Satanás. Zwinglio, el fundador del protestantismo en Zuisa, quien niega la presencia real de Jesu-Cristo en la Eucaristia, tiene su panteismo inspirador que le enseña á despejar la oscura incógnita. Melancton, crea en los sueños, en los signos astronómicos, en las profesias absurdas.

La Alemania se tiñe con sangre á la sola aparicion del exámen privado en materias de fé. Ma-

tias Harlem anabaptista exaltado, saquea, incendia y destruye; situado en la ciudad de Munster á la que llama la *Montaña de Sion*, hace llevar á sus piés el oro, la plata y las joyas, y despues las manda distribuir; y Matias Harlen, creyéndose Gedeon, muere en su fanatismo, en un lance temerario: hé ahí como la fiebre religiosa nace del exámen privado en materias de fé. Su heredero de doctrina Becold, mas conocido por Juan Leyde, vá mas léjos; su exaltacion es mas viva y mas astuta; él sabe calcular el golpe, sabe pensar en los medios de acreditar su profética inspiracion.

Teneis todavia mas en la lista de los inspirados: Herman, David, Jorje que se titula el *verdadero hijo de Dios*, Nicolás, Hachet, Pennes, Hax, Willan, Simpson, E. Naylor y tantos otros.

Es forzoso convenir en que el fanatismo es lote exclusivo de las locuras que lleva consigo la interpretacion privada de la Biblia, y que la Biblia es una verdad, porque ella está sostenida en su absoluta integridad por la Iglesia. Por otra parte los protestantes han eliminado de la Biblia los siguientes libros: el de Tobias, el de Judit, el de la Sabiduria, el Eclesiástico, el de Baruch, el primero y el segundo de los Macabeos; Esther tiene 16 capítulos y los protestantes solo admiten 10; Daniel tiene 14 y solo admiten 12. Y son ellos los que proclaman la integridad de la Biblia, y la mutilan y la falsean impudentemente! ¿Hay en esto lealtad?

Debeis perdonar esta digresion que me ha sido aconsejada por el asunto mismo, que tanto se relaciona con toda la economia del catolicismo. Queda demostrado que el Evangelio es una verdad dentro de la Iglesia y un libro profanado fuera de ella. Por eso he dicho: no hay progreso fuera del Evangelio, no lo hay fuera del catolicismo.

Definir, es la primera y mas interesante ope-

racion de todo discurso. Es necesario asignar á toda proposicion sus límites verdaderos.

¿Qué es el progreso? Esta es una palabra que suena mucho entre los filósofos modernos y que sirve de falsa enseña á su propaganda devastadora.

Nosotros hemos de definir el progreso armónico, en su significado mas extenso, como principio conservador de las verdades fundamentales, y como principio de movimiento á la vez.

«*Sed perfectos como vuestro padre que esta en los cielos:*» ved ahí, Señores, el progreso. Jesu-Cristo lo enseñó; no es menester ya de otra luz.

El progreso, es pues, en tal sentido, el perfeccionamiento armónico de la humanidad; es perseguir sin descanso la posesion de la verdad, es la elevacion continua del espíritu en alas de la virtud. Desenvolverse física, intelectual y moralmente; pero armonizando y graduando la fuerza de cada uno de estos desarrollos: ahí está el progreso.

Se ha dicho que el Catolicismo es puramente conservador, que no progresa. No advierten los que así discurren, que sule de punto el honor de la Iglesia, si se considera la fijeza de su dogma, la unidad incontrastable de su moral. La verdad no se mueve, su carácter distintivo es ese. Una de las mas irrecusables pruebas de que la Iglesia se halla protegida por Dios, es sin duda que su autoridad no se gasta, que su dogma permanece fijo en medio del desorden antagonico de los tiempos.

«Los cultos paganos duran sin progresar; los cultos filosóficos ó heréticos, progresan sin durar; el reposo de aquellos es el reposo de la muerte; el movimiento de los otros es el movimiento de la destruccion. AHÍ observamos la descomposicion cadavérica que se verifica en silencio; aquí

«la ruina de edificios sin base que se derrumban con estrépito. Solo en el catolicismo se encuentran el progreso duradero y la duracion progresiva, la tranquilidad del orden y el movimiento de la vida.»

Son palabras del R. P. Ventura Ràulica. Ya veis que ellas encierran una profunda verdad histórica. El catolicismo, es el progreso en todos sus matices: orden y libertad, fijeza y movimiento; él se reserva el dogma y la moral, como principios inamovibles; pero, presta fuerza á la ciencia, impulso á las artes, luz á la filosofía, colorido al pincel, inspiracion al poeta, valor al heroismo, serenidad al alma.

Bien lo sabeis, Señores, la Iglesia tiene muchos títulos para ser amada y saludada por el progreso.

Los principios tutelares que forman toda la economia de la perfectibilidad social, se reducen á tres: *libertad, igualdad, fraternidad*. ¿Y quien nos ha traído esa hermosa trinidad, quién nos ha enseñado á ser libres, á ser iguales y á amarnos mutuamente?—Jesucristo.

Debemos cuidarnos empero, del sentido racionalista de esas palabras. Es muy fácil dar nombre á las cosas; procediendo con cordura, lo que debemos hacer, es que las cosas correspondan al nombre.

Libertad: empleada esta frase por el torcido liberalismo moderno, quiere decir: desconocimiento de toda regla, renuncia del principio de autoridad religiosa, soberania absoluta de la conciencia, examen privado en materias de fé. Mr. Dupanloup, ha calificado debidamente á esta escuela, llamándola *liberticida*; y si me lo permitis, yo la llamaré tambien *evangelicida*.

Con esa libertad desordenada, con esa razon sin punto de apoyo, la palabra divina queda reducida á una mera fórmula sin virtud en el orden mo-

ral. O la doctrina del Cristo tiene que ser una verdad práctica y una regla eterna de conducta, ó no es sino una encantadora fábula. Bien triste es el dilema—ó verdad ó error, ó palabra divina ó sistema humano. Si lo primero, es menester sujeción resignada al catolicismo; si lo segundo, hay que blasfemar. Entónces resulta que Dios tomó la forma humana, que aceptó el cáliz de todas las amarguras de la humanidad, dejando su eterno Testamento, escrito con su sangre, para que fuera cómodo estropajo de las flaquezas del entendimiento.

La libertad del Evangelio, esa que nos salvó del pecado y que nos salvará del error, es la facultad de elegir entre los bienes, es el deber cumplido, es el amor humano que responde al amor de Dios.

Haciendo lo que debemos, somos libres. La libertad no es simplemente un poder, es una facultad y un medio. Obrar siempre el bien, con la conciencia de haber podido obrar el mal: hé ahí la libertad. Para la razón, la libertad es la verdad; para el corazón lo es el bien, y para la conciencia, la verdad que ilumina y el bien que redime.

Amar, creer, obedecer, dominarse noblemente, seguir las huellas del Dios-Hombre, sentirse menos esclavo de las pasiones que nos adhieren á la materia, en eso estriba la santa libertad evangélica, la que constituye el fondo del progreso social y la base de la democracia moderna.

«*La verdad os hará libres*» nos dice el que es infinitamente libre, el que nos dá la libertad inmolándose en la Cruz: el Dios-Hombre.

«*Y conoceréis la verdad y la verdad os libertará*»—Los judíos no comprendían el espíritu de esas palabras de vida y respondieronle: «Simiente de Abraham somos, y jamás servíamos á nadie: ¿cómo dices tú: Sereis libres? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo, que todo aquei

que haga pecado es siervo de pecado y el siervo no queda en casa para siempre: mas el Hijo para siempre.

«Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (San Juan, cap. VIII, vers. 32. 33. 34, 35 y 36.)

Ahí teneis, Señores, como el Evangelio nos trajo la libertad; pero, la libertad *en espíritu* y *en verdad*; la libertad como redencion del alma, como vida, como bien.

Y la Iglesia ha conservado la sana enseñanza de la libertad dada por el Cristo. Con el error no hay libertad. Los que nos dicen que tenemos derecho á nuestros errores, no creen sin duda que solo la verdad tiene derechos. Ellos habrán olvidado tal vez, este brillante pasaje del Evangelio.

La verdad es una; lo que no es ella, no es la verdad; esta es la razon porque el catolicismo, teológicamente, dogmáticamente, no tolera. Caridad, se entiende con el hombre, con sus flaquezas, mas nó con lo que afecta á la esencia del dogma ó de la doctrina revelada.

Yo quisiera de una vez apartar de nuestros debates todo lo que no es sério, todo lo que es simple falsificacion de las ideas.

La libertad que civiliza, es aquella que se nos inspira por la verdad y el bien; de consiguiente, los que aceptan esa evidente paradoja de derecho á lo injusto, de derecho á todos los cultos, de derecho á la negacion de la palabra del Cristo, deben persuadirse de que andan lastimosamente errados.

Habiendo una sola verdad, hay una sola libertad: la libertad en la verdad; y habiendo una sola libertad, no hay sino un solo derecho—el derecho á la verdad. Puede perdonarse el error, porque él es una debilidad del entendimiento humano. ¿Y por qué invocamos tolerancia, perdon para otros cultos

que no son el católico?—¿Porquè Señores, para el derecho?—El derecho se reconoce, se respeta, no se tolera.

Tenemos pues, restablecido el significado evangélico de la palabra libertad.

Ahora bien; la Iglesia católica, depositaria del testamento divino, no ha cesado de imprimir en la historia de la humanidad el pensamiento sublime de la libertad.

La esclavitud preconizada por los mas eminentes génios de la filosofia pagana, por Platon, Aristóteles, Sócrates y Séneca, huye avergonzada al ver la nueva simiente fecundada por la sangre y las lágrimas del Cristo. El Cristo extiende los brazos á todas las gentes, para confundir en su abrazo de amor á todas las generaciones. Su plegaria intensamente fervorosa, pura, tierna, henchida de infinito amor, comprende hasta á sus crucificados. Esa plegaria, ese abrazo, esa voz regeneradora, esa sangre que mana á torrentes, esa Cruz que se alza como el trono de lo infinito en las fronteras del tiempo, nos han dado la libertad y la vida. Él nos lo dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; él es nuestro pan, nuestra esencia, nuestro maná de eterna vida. Somos libres, gustando de ese pan, empapándonos en esa esencia, comiendo de ese maná.

Ahora, vengamos á la Esposa del Cristo; ella quedó encargada de sostener la verdad infinita de los milagros de la redencion. Es por ello, que comienza por atenuar los rigores de la esclavitud, que se esfuerza por perpetuarse en el mundo. Leed, Señores, los cánones de todos sus Concilios, desde el siglo III, hasta nuestros dias—todo es la realizacion mas fiel del principio de libertad proclamada en las alturas del Calvario. La Iglesia abre sus templos como asilo al esclavo fugitivo; defiende la libertad y peculio de los manumitidos; constituye al

sacerdocio en fuerza perenne para sostener la emancipacion del esclavo. Mucho mas que todo esto: emplea sus propios bienes para la redencion de los cautivos; permite el quebrantamiento de los vasos sagrados para comprar la libertad. Hay un Concilio en el siglo VI que fulmina excomunion contra los que atacan la libertad de las personas.

¿Y qué papel juega en esta esforzada lucha de la idea redentora y progresista de la libertad contra el principio opresor, la Catedral de San Pedro?

Las Letras Apostólicas de Paulo III de 20 de mayo de 1537, las de Urbano VIII de 22 de abril, de 1639, las de Pio II de 7 de octubre de 1482 son, Señores, el testimonio mas vivo del celo amoroso de la Santa Sede por la libertad.

Os presentaré todavia un documento que corre en nuestra historia contemporánea, mas acentuado, mas lleno de caritativa uncion en favor de la libertad: las Letras Apostólicas del papa Gregorio XVI de 3 de noviembre de 1839; teneis en ellas el glorioso timbre de la Catedral de San Pedro, timbre de honor exclusivamente suyo, nuevo laurel que va á aumentar las flores de su corona inmortal.

Y notad otra cosa mas: esto hace la Iglesia curando la herida que sangra; pero, ¿y las enfermedades que evita y los males que previene y las perversas sugestiones que contiene en su cuna, en su principio generador?

Ved en todo eso, hablando muy alto el carácter progresista y civilizador del Evangelio. Quanto podria escribirse sobre esto. Me anonado al considerar la magnitud del asunto y creo deber vituperar mi atrevimiento al haberlo escogido.

Si, Señores, el Evangelio es el progreso, porque es la libertad, porque él es la emanacion inspirada del Verbo eterno.

¿Quien me negará que el que se acerque en

sus prácticas al tipo evangélico se hace mas libre? ¿Quien me negará que el Evangelio es la piedra angular de toda moral, de todo derecho, de toda institucion ordenada y progresista? ¿Qué teoria, qué escuela, qué falansterio, pueden hacer la que hizo, lo que hace y lo que hará el Evangelio?—¿Quien resuelve el problema social que hoy ajita las cabezas de los economistas? ¿Qué cálculo, que evolucion humana, pueden hacer lo que hace el amor mútuo, lo que produce la caridad, lo que enseña la palabra divina?

Me preguntareis que cómo siendo eso cierto, el mundo sufre y el progreso moderno es deficiente y la civilizacion actual pagana y todo incompleto. Fácil es contestar: el Evangelio no vive en el corazon, no se halla encarnado en la conciencia universal. El sabio medita sin el Evangelio, el filósofo investiga sin el Evangelio, y hasta el poeta malgasta las armonias de su lira, cantando odas al placer grosero del sentido y á las bellezas superficiales que le halagan.

Ademas, el Evangelio no se lee ò si se lee, se lee mal. Preguntad á la bella literatura si conoce las verdaderas bellezas del Antiguo Testamento; preguntad á nuestros literatos, si se han inspirado en la magestad épica de esos libros, en su inimitable lirismo, en su magnífica sencillez, en los variados tintes de su arrobadora poesia. Preguntadles si viven sobre la lectura del Nuevo Testamento, código de enseñanzas, fuente de consuelos, foco inagotable de inspiraciones. No sé yo dónde pueda formarse mejor el alma del poeta; pero, tampoco sé cuantos poetas hubiesen bebido de sus raudales de luz entre nosotros; de seguro, que ese honor tocará á pocos literatos bolivianos.

La igualdad, es otro de los principios constitutivos del progreso, principio desconocido ántes de

Jesucristo. Si la libertad puede ser considerada como un rico presente del amor divino al hombre, porque ella es la condicion del premio y el medio de la gloria, la igualdad, puede reputarse como la manifestacion de la justicia de Dios en el orden moral.

La igualdad es el complemento de la libertad, es su lazo natural; pero, ella no se comprende, sino con el Evangelio. Jesucristo vino al mundo, á borrar las desigualdades que de hecho y de derecho se hallaban establecidas radicalmente. La esclavitud al mismo tiempo que era una violacion monstruosa del principio cardinal de libertad, era tambien un ataque directo al principio no ménos sagrado de igualdad.

Sin la nocion cristiana de la igualdad, no hay tal igualdad. El gènio al lado de la estrechez de entendimiento, el oro cerca del arapo, el placer al lado del dolor, el fuerte cerca del débil: hè ahí un cuadro elocuente donde parece que leemos una verdadera acusacion contra el principio de justicia; pero, si contemplais lo efimero de esas distancias que lisonjean el orgullo por una parte y que lo contrarian por otra; si veis que el tiempo es fuego fátuo que se pierde ante los eternos destinos de la inmortalidad; si veis al Cristo acariciando á sus pequenuelos, tomando por cuna un pesebre, por templo una modestísima virgen, por morada un triste albergue, hasta poder decir que *las zorras tienen nidos y el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza*; el cuadro se trasforma, la mirada del infeliz recobra su serenidad, leyendo su premio en ese mismo infortunio cristianamente aceptado.

Conoceis el Evangelio; al rayar la aurora, al cerrar los ojos y al abrirlos, no dudo que vuestra primera palabra será esta: *Padre nuestro.* ¡Ah! Se-

ñores! esa palabra es un poema de amor; es la esperanza, es el acento mas tierno que tiene la plegaria en su religiosa sinceridad. Y aquella otra palabra, *perdóna nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, es la expresion compendiada de la justicia y del perdon, de la igualdad ante Dios y de la reciprocidad entre los hombres.

Y la Iglesia católica fiel á la enseñanza del Cristo que la instituyó, que la ungió con su sople de eterna vida y de inspiracion eterna, no cesa de propagar y de establecer el reinado de la igualdad en el órden social. La Iglesia llama y nivela á todos; los cetros, las coronas, las diademas, las riquezas y los harapos, los espíritus grandes y las almas pequeñas, el que rie y el que llora, el que manda y el que obedece, todo se confunde ante la magestad de la Iglesia. Mirad el Tribunal de la penitencia: allí está de rodillas el rey y el mendigo. Pasad despues al banquete celestial: Jesucristo se encarna en el alma del rico como en la del pobre, alumbra la mente del génio, como la del ignorante. ¿Qué manifestacion mas espléndida de la igualdad?

La filosofia en su desolante aridez, ¿qué igualdad nos ofrece?—¿Será la del orgullo que es su esencia?—¿Será la negacion que es su recurso?

Convengamos pues, que este principio civilizador de la igualdad, es obra exclusiva del Evangelio. Jesucristo se llena de ternura, cuando habla de sus pequeñuelos; lo que el mundo hace con los pobres, toca la fibra de su corazon, arranca una lágrima de sus ojos.

Recordad, Señores., los últimos versículos del cap. XXV del Evangelio de San Mateo. Jesucristo toma los dolores del pobre como suyos: el hambre, la sed, la desnudez, no socorridas por el

rico, son terriblemente deplorados por él y castigados los que no los compadecen. 32: «Y seran «juntados delante de él todas las gentes y los apartará los unos de los otros, como aparta el pastor «las ovejas de los cabritos.

33 «Y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda.

34 «Entonces el Rey dirá á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino aparejado para vosotros desde la «fundacion del mundo.

35—«Porque tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber: fui huésped «y me recogisteis:

36. «Desnudo y me cubristeis: enfermo y me visitasteis; estuve en la cárcel y venisteis á mi.

37. «Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuando te vimos hambriento y te «sustentamos, ó sediento, y te dimos de beber?

38 «¿Y cuando te vimos huésped y te recogimos, ó desnudo y te cubrimos?

39 «¿Ó cuando te vimos enfermo ó en la cárcel y venimos á tí?

40. «Y respondiendo el Rey les dirá: En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á alguno de estos mis hermanos pequeñitos, á mi me lo hicisteis.

41.—«Entonces dirá tambien á los que estaban en la izquierda: Idos de mi, malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y sus ángeles:

42 «Porque tuve hambre y no me disteis de comer: tuve sed y no me disteis de beber: 43 fui huésped y no me recogisteis: desnudo y no me «cubristeis: enfermo y en la cárcel *estuve* y no me visitasteis.

44. Entónces ellos tambien le responderán di-

ciendo: Señor, ¿cuando te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel y no te servimos?

45 Entónces les responderá diciendo: En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicisteis.

46. É iran estos al tormento eterno y los justos á la vida eterna.

He querido copiar textualmente estos quince versículos, porque os confieso que siempre me he sentido arrobado en esas palabras de amor por la humanidad que gime.

Hé ahí el siglo juzgado; hé ahí su materialismo cayendo bajo el anatema divino; hé ahí la suerte que espera á la inmensa legion de avaros que se agitan convulsivamente en pos del oro; hé ahí, por fin, la igualdad fraterna. El último dia, el dia de las justicias y de las claridades definitivas de los premios al dolor cristiano que anda por caminos secretos, y de los castigos á esas almas para quienes se hizo aquella palabra de *sepuleros blanqueados*; ese dia, llegará, y la profecía de su hora marcada, debe edificarnos por una parte y consolarnos por otra. La impunidad del rico avaro é insensible, termina con su aliento en los dinteles de la eternidad.

La Iglesia, en su espíritu igualitario, tampoco se ha desviado de la significacion legitima de la palabra igualdad. Las desigualdades que nacen del esfuerzo humano, del génio que se levanta y de la ignorancia que cae, del cálculo que elabora y de la imprevision que nada crea, son desigualdades de cantidad de méritos, no jurídicas, ni religiosas, ni sociales.

Ni aquí en lo finito, ni arriba en lo infinito pueden confundirse San Agustín y Lutero, el sabio catòlico que edifica y el fanático sectario que des-

truye, el mártir que se inmola y el libertinó que adora el placer, el santo que sufre y ora, con el impío que blasfema y no conoce à su Dios de amor.

La igualdad católica es la justicia viva en la mente de la humanidad; es igualdad de naturaleza, de origen y de destino, pero, de destino libremente buscado.

Solo el Evangelio, ha abierto al mundo este horizonte nuevo de consuelos y de esperanzas. El infortunio puede reclinarse en el amoroso regazo de la Iglesia, y bajo la sombra protectora de la Cruz, soportar hasta dulcemente sus congojas. No hay gemido cristiano que sea estéril: todo va al seno de Dios y todo vuelve al corazon del hombre. La sangre del Cristo es infinitamente fecunda. Es verdad que el mundo se afana por depreciar sus méritos; cierto es que continúa el flajelo del Pretorio. La Esposa ha vestido la túnica encarnada, ha llevado la caña de irrisión y ha sido conducida á los piés del Cesar y de los tiranos; cierto es que una escuela perversa que se titula liberal, que á veces hasta se atreve á llamarse cristiana, hace la paródia de Pilatos en su hipócrita cobardía y en la traicion de sus sentimientos; pero, la virtud y la fuerza de la redencion del Calvario, triunfan de todo eso. Jesús es negado; los ciegos de la Judea están y viven en el espíritu del siglo; la lucha tiene otro jiro en lo aparente, en el escenario diverso en que se plantea; mas ella es lo mismo que ántes. Concurrimos á ella, lo estamos sintiendo á cada paso; las palabras de eterna verdad del Salvador del mundo, están cumpliéndose con la exactitud propia de lo que sale de la vision infinita.

¿Quién vencerá? El que dijo que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. El que anduvo sobre las aguas, el que impuso silen-

ció al ruido de las olas y detuvo el empuje de los vientos, el que venció yá muriendo, amando, siendo crucificado; el que operó con su palabra omnipotente una evolucion radical, completa, iu mensa en la historia de la humanidad: Jesucristo.

Ahora pues; si al examinar el rol importantísimo del Evangelio en el verdadero progreso social, queremos abordar al último punto que entra en su composicion, cual es la fraternidad, nada habrá faltado al corolario de inconcusa verdad que ha sido el tema de este discurso.

La libertad y la igualdad se hallan como primeros elementos en la legislacion humana; pero, la fraternidad, es decir el amor, eso que nos hace mas libres, eso que dulcifica el corazon, que junta las almas en inefable consorcio, que dilata y ennoblece los sentimientos; la fraternidad, base de toda sociedad y condicion de todo progreso armónico, no puede escribirse en los códigos. Y se puede expresar en una afirmacion soberana, que la caridad esencia de la fraternidad, aplicada al órden social, encarnada en el organismo político, bastaria para labrar la ventura de las sociedades.

“La libertad y la igualdad son dos verdades religiosas y sociales que implican derechos y deberes para la humanidad; verdades austeras, que ilustrándonos acerca de nuestra naturaleza, nos indican las verdaderas relaciones en que debemos estar con nuestros semejantes y el camino por el cual debemos marchar, pero sin mostrarnos la palabra vivificadora que debe sostenernos y consolarnos en el camino.”

Son pensamientos de madame de Chalié. Esa palabra que se busca como el aliento mas puro y mas vivificante que nos sostiene en las sendas de esta vida escabrosa, es, pues, la palabra fraternidad. Ninguna filosofia ha podido enseñarla; nin-

guna escuela ha comprendido bien, á no ser entregándose á las inspiraciones del Evangelio, el alcance de ese principio.

La caridad no se deduce especulativamente, no es un punto de lógica, ni de metafísica, ni de psicología; es una evidencia de sentido íntimo, es una luz sobrenatural que se derrama sobre el alma; es un laze que no acepta el orgullo humano.

La filosofía no sabe explicar los misterios del amor cristiano; y la fraternidad es el amor, y el amor solo tiene su augusta y noble expresion en el Evangelio. Jesucristo la enseñó y la practicó en infinita escala, con una ternura que arranca lágrimas y que nos extasia dulcemente.

Ahora bien; ¿hay alguna religion fuera de la católica que comprenda y consagre el amor en su significacion propia y elevada? Ninguna. El amor dentro la personalidad humana, sin anularlo como lo anula el panteísmo; el amor en sus esencias mas puras, sin materializar al hombre, reduciéndolo á simples sensaciones que van y vienen, como el sensualismo y el materialismo; el amor santificado, iluminado, purificado en el sacrificio, retemplado y empapado en el incienso del altar y en las aguas regeneradoras que manan del confesonario; el amor que dilata sus llamas por todas partes, que no distingue castas, ni amigos, ni enemigos, ni ricos, ni pobres; el que salió de los labios del Dios Hombre en esta plegaria que resonó en los infinitos espacios y que resuena sin cesar en el corazon de todas las generaciones: "Padre mio, perdónalos que no saben lo que se hacen;" ese amor es solo del Catolicismo; solo él conoce la fraternidad en la nocion del amor como caridad.

Despues viene la falsificación que hacen las escuelas, de esa caridad. Filantropía, he ahí la *moneda falsa de la caridad*, como dice alguna.

PROPIEDAD

UNIVERSIDAD MAJOR DE SAN ANTON
BIBLIOTECA CENTRAL

Fuera del sentido católico no hay integridad en las enseñanzas evangélicas. Lo afirmo, Señores, terminantemente, y os digo: que la verdad civilizadora de la fraternidad no debe nada, absolutamente nada al espíritu liberal, ni á los delirios de la filosofía moderna, ni á la anarquía de las sectas disidentes. Sí, porque desde los maestros del protestantismo, desde Lutero y Calvino hasta los corifeos del racionalismo de hoy, no veo sinò impostura, fanatismo, infalibilidad humana sustituyéndose á la infalibilidad establecida por el divino fundador de la Iglesia; y en todo eso no encuentro signo alguno que me indique la vida social y religiosa del principio de fraternidad; este vive allí donde vive el espíritu de Dios; es un don enteramente celeste; la humana ciencia no pudo crearlo; la filosofía pagana, era el orgullo, y en el orgullo no hay amor, y ya he dicho que el amor es la fraternidad.

Las inspiraciones puramente naturales de simpatía, no tienen sinò una muy pequeña parte en el desenvolvimiento del principio fraternitario; esas inspiraciones sin la consagración soberana y divina del amor como llama que bajó del cielo, que es efluvio de lo infinito, nada podrían; es por ello que ántes de Jesucristo, la esclavitud se encuentra en las entrañas mismas de las sociedades. Platon que vuela con su génio, que tiene magnificas intuiciones, que se destaca en lo mas remoto de los tiempos como una figura luminosa y esplendente, no pudo tener la clave del porvenir, se hizo el apolo-gista de la esclavitud, no supo encontrar en el amor esa clave,

Jesucristo la enseñó; dándonos su amor, nos dijo tambien: "Amaos como yo os he amado."—¡Qué palabras, que síntesis tan completa del progreso, qué misterio de poder!—El problema social

está resuelto en una expresion tan sencilla. En vano se ajitan economistas, socialistas, liberales y racionalistas: si no sabemos amarnos, no podemos progresar. La letra fria y el enunciado seco de las leyes, no tienen eficacia alguna en el òrden social, sin el amor. Las instituciones públicas son meras fórmulas de orgullo, sin la fraternidad. La democracia es una palabra que vale mucho si con ella se designa el conjunto de virtudes cívicas que son la condicion forzosa de la libertad, ó que es un falso oropel, si sirve solo de lujoso manto à esos pueblos que llevan señales cadavéricas en su organismo interior.

Sin la fraternidad, punto de union entre el hombre y el hombre, no puede haber progreso. Con la fraternidad, el amor se santifica, la amistad cobra nuevas fuerzas, el hogar llega á ser un santuario, la familia se perfecciona en sus vinculos naturales, la humanidad es un gran todo que se estrecha en un solo anillo.

“Amad à vuestros enemigos, haced bien à los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian:” hè ahí la fraternidad del Cristo. No hay enemigos ante ella; queda arrancado de cuajo ese árbol de venenosas hojas y de jugos que matan. El Cristo, repite à cada paso el “amaos unos à otros,” para hacernos ententer, que la caridad es la primera ley de su código.

Permitidme, Señores, que os pregunte: ¿y puede el hombre practicar ni imperfectamente esa máxima salvadora fuera del catolicismo? ¡Ah! El corazon humano tiene en cada fibra, en cada pliegue, el egoismo y el orgullo que ajitan y que resisten á toda reflexion. Que la filosofia os muestre sus conclusiones, que nuestro mismo interes nos diga que debemos amarnos, que todo conspire á ello en lògica y en evidencia, nada importa:

la fraternidad es hija del cielo, bajó con el Gran Mártir, bajó con el amor inmolado, solo él tuvo poder para unirnos en un lazo comun y duradero. "*Amaos como yo os amé,*" "*amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os oborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.*" ved ahí escrito el tierno poema de la fraternidad.

¿Y cómo podremos elevarnos á la concepcion y á la práctica de esa palabra de perdon, de hermosa piedad, de inefable amor?

Preguntadlo al Catolicismo; el conoce los resortes que se tocan para aniquilar en el corazon humano la fiebre de la venganza. Preguntadlo al que de los pies del confesor pasa al divino banquete, rociado con el santo bálsamo que ha cicatrizado sus llagas. Preguntadlo, Señores, al que ha sentido y palpado los admirables efectos del baño de la gracia en la Eucaristia. El rencor se acaba, el orgullo dobla su altiva serviz, el alma aprende la fé que la levanta sobre esta bruma mundana que asfixia y que oscurece. La caridad penetra hasta la médula de los huesos. ¡Qué prodijio, Señores!—Hábitos inveterados, hondas rivalidades, negras y dañadas intenciones, vicios degradantes, pasiones alimentadas sin tregua, levadura que se adhiere tan fuertemente al corazon, todo se disipa como el humo, al contacto de esa agua viva de que Jesus habló á la Samaritana, de ese pan bajado del cielo que es Jesus, de Él mismo que en las infinitas irradiaciones del fuego de su amor, descende al seno del espíritu, lo asiste, lo santifica y lo diviniza.

He ahí como se hace la fraternidad. La filosofia ignora el secreto de estas evoluciones del yo. Tiene el filósofo que pasar á ser católico y entonces, de improvisó, intuitivamente, verá abierto ante sus ojos un horizonte inundado de luz.

Conozco, Señores, que sin pensarlo é insensiblemente he dado á este informe trabajo una extension mayor de la que me propuse. Vuestra benevolencia comprometerá mi gratitud eterna.

¿Cómo detener la pluma cuando se vé ese cuadro divino que representa la accion providencial de Dios en la historia, que nos pinta el martirio de mas de 18 millones de hombres, que nos señala regueros de sangre que manando de las escarpadas alturas del Calvario, vienén á mezclarse con la sangre de los mártires; que es en fin, todo el destino social en rasgos vivos, en tintes incomparables?

La religion católica, sentida, comprendida y practicada, realizaria en el mundo lo que no pueden realizar las teorías modernas con su indeciso poder y con sus agonizantes fórmulas.

La libertad como deber, la igualdad como justicia, la fraternidad como lazo de union y de paz: ved ahí el progreso.

Por eso he dicho: "No hay progreso fuera del Evangelio," no lo hay fuera del Catolicismo."

Vanas son las insidiosas argucias del espíritu *liberticida* moderno. Todo está contestado. San Agustin, Santo Tomás y toda esa legion de colosos que con la antorcha en la mano descifran los errores de los primeros siglos; Balmes, Chateaubriand, Lamennais en su aurora de lucidez, no en su deplorable eclipse, Lacordaire, astro que no perdió su brillo, Ráulica que ha puesto su poderosa inteligencia al servicio de las verdades católicas, Augusto Nicolas, pluma que traza círculos luminosos en cada rasgo, en cada punto; éstos y muchísimos otros eminentes apologistas y oradores, han continuado sosteniendo los principios y las tradiciones cristianas. ¿Qué queda en pié de todas las absurdas negaciones de ayer y de todas las impudentes repeticiones de hoy?—Ceniza, Señores,

pero ceniza que sigue aventándose.

Progreso: es palabra empleada por la táctica torcida del liberalismo moderno. La Iglesia sí que puede decir progreso; progreso en la inamovilidad de su dogma, de su doctrina y de su moral, y en el movimiento de sus luces, de su rica literatura, de su arte sin rival, de su acción benéfica sobre las costumbres, sobre las instituciones públicas y sobre el destino de los pueblos.

Verdad y virtud, son progreso. Libertad para el bien es nuestro liberalismo. No queremos matar la libertad y decir despues: somos libres. No queremos el fetiquismo y el mormonismo en nombre de la libertad; negamos derechos al error. Toleraremos al que yerra, pero no al error; compadeceremos al racionalista y al filósofo impio, pero, sin dejar el campo al racionalismo y al naturalismo.

Perfeccionamiento es progreso. El Catolicismo perfecciona; luego el Catolicismo es el progreso. ¿Quién podrá negarlo?—La historia tiene afirmaciones incontestables á este respecto. Todos sabemos que el Catolicismo ha extirpado de la mayor parte del mundo la esclavitud. Al principio de mi discurso os lo demostré con los hechos. El Catolicismo ha santificado el matrimonio, ha redimido á la muger, ha roto sus cadenas, ha elevado la familia. El Catolicismo ha suavizado las costumbres, ha hecho del salvaje de la selva un hombre, del hombre animal hombre racional. Donde está la Cruz, ahí se conoce el amor, ahí está la dulce caridad cristiana, ahí puede arrojar-se la buena simiente.

El jesuita, llevando esa Cruz, ha domado fieras, porque en verdad, el salvaje se confunde con la fiera. El jesuita no ha vacilado en fijar sus plantas, allí donde le espera el receloso y aleva

salvaje para vitetinarlo. ¡Y cuantos mártires de ese heroísmo caólico, que no lo encontraréis fuera del espíritu del Evangelio!—El jesuita representa una fuerza viva en la historia de las civilizaciones europeas y americanas. La novela que falsea la verdad histórica, dorando con el encanto del lirismo poético la calumnia, nos ha presentado al jesuita como á tipo de engaño y de ruin explotación. Yo no me detendré en consideraciones sobre el mérito literario que acaso pudiera tener “El Judío errante,” mas permitidme, Señores, una sencilla reflexion mas concluyente que todas esas razones que nos dan como verdades: ¿por qué en Europa se tiene en tan alta estima la educacion que dá el jesuita?—Soldado que vive en lucha perenne, soldado que tiene una consigna que jamás quebranta; soldado sin armas, que vence y que domaña la fiereza de las pasiones, no puede ser, Señores, lo que dice Sué. Respeto al genio, pero al error nunca.

Voltaire, Rousseau, D’Alambert, Diderot, ¿qué nos han dejado? ¿Han enjugado una lágrima, han roto alguna cadena opresora, han curado alguna herida, con su *galana* filosofia?

Renan, que ha dicho lo que Straus ya dijo ayer y que ha tomado la blasfemia como medio de fama y de negocio, ¿que fé merece, Señores? ¿Qué fruto nos traen esas obras fantásticas que dejan vacio en el alma, fiebre en los sentidos, dudas en la mente y ponsoña en el corazón? ¿Ese es el progreso que nos brindan?

Os digo con perfecto derecho: el progreso se halla formulado en el catecismo católico. Donde la idea se trasforma en institucion; donde cada verdad es un corolario fecundo, donde se organiza el bien y se pone en accion el apóstol, donde el sabio medita para obrar, donde el poeta canta á las

armonías cristianas, ahí está el progreso.

La Iglesia tiene sus hermanas de la caridad, sus monasterios donde se ora; donde la plegaria se eleva perennemente por los que nunca saben orar; la Iglesia tiene sus conventos, de donde salen los mártires y los atletas del sacrificio, que lidian con el pecado y con la ignorancia; la Iglesia tiene sus santos que oran y que sufren, que enseñan como doctores y que obran como cristianos, que civilizan y que libran. La iglesia puede exhibir mil títulos al amor y á la gratitud de la humanidad. Interminable sería, y quizá objeto de otro discurso, entrar en las diversas consideraciones que pueden hacerse en este sentido.

Debo terminar, Señores: el azote de la peste, del hambre, el flajelo de Dios nos conturba; se enlután las familias, el corazón se desgarrá, la horfandad gime, la disolución está en las entrañas de la sociedad; ¿de dónde proviene todo esto?—

Viene de que el Evangelio está olvidado, vive como idea, pero no como verdad práctica. Sedientos de porvenir, alarmados al ver que todo zozobra y se conmueve en el orden social, andamos buscando en las novedades humanas el remedio para el mal. Ciegos y sordos, nada vemos, nada oímos. El Cristo nos habla, nos llama, nos dice: “venid los que estais cargados, que yo os aliviare.”—¿Qué respondemos á esto?—Nada. “Pedid y se os dará” nos dice, y el siglo responde—afuera esas heroínas de la oracion, que piden por nosotros; “la libertad las protege, pero la civilizacion las condena.”—“Velad y orad para que no entreis en tentacion.” ¿Y que hace el mundo?—Se olvida de lo definitivo que es la eternidad y concentra todas sus miradas en el tiempo que es lo transitorio; no vela, no ora, se embebe en el placer brutal del sentido, se entrega locamente al festin

y á la algazara que aturde.

Cristo está olvidado; por ello perecemos. ¡Ah Señores!—Cristo que nos ama, Cristo que se nos brinda, se nos entrega, y nos abraza con sus llamas de caridad infinita, es quien nos salvará; pero debemos llamarlo. Su amor viene, yendo el nuestro hácia él. Libremente debemos amarlo; y amándolo, nos amaremos mutuamente.

Y yo creo que solo ese amor puede hacernos progresar. Con la verdad seremos libres, con la virtud seremos dignos de la verdad, y en los amorosos brazos de nuestra madre tierna la Iglesia que arrulló nuestra cuna, que sostuvo nuestra infancia, que sabe secar nuestro llanto y darnos su bálsamo divino, que también nos dá valor en la perègrinacion, correrá mansamente nuestra existencia serena y exenta de esos dolores mal soporados y de esas amarguras inconsolables.

¡Oh religion Católica, religion de paz, religion de esperanza, yo te alabo; y en mis horas de quebranto, yo te invoco, como á mi luz, á mi sosten y á mi fuerzal

Sucre, Mayo 31 de 1878.

José M. GUTIERREZ.

